

XII CERTAMEN INTERNACIONAL LEOPOLDO ALAS MÍNQUEZ

ELOY Y EL MAÑANA

UN CUENTO DE GÉNERO

Iñigo Guardamino



Índice

Prólogo	
(Fernando Epelde)	5
Eloy y el Mañana	
Parte I: Dentro	13
Parte II: Fuera	53
Parte III: Familia	83

Dice, muy serio, el personaje de Antonio Banderas en la película *Dolor y gloria* de Pedro Almodóvar que no sabe si lo que tiene entre manos era un drama o una comedia, que eso es algo que un director y guionista como él no descubre hasta el final, cuando la historia ya está terminada. Y así parecía sentirse Iñigo (Guardamino, claro, quién si no) aquella tarde en la que me honraba pidiéndome este prólogo.

“¿Tú crees que es una obra para niños o no?”, preguntaba. “Yo creo que sí”, le respondí mientras recordaba mis pasajes favoritos de esta pieza que te dispones a leer, y entre los que destaco –alerta: si odias los *spoilers* puedes saltarte este párrafo y continuar en el siguiente– el momento en el que Eloy, el niño protagonista, pierde su pene y, con él, aniquila a una cigüeña maléfica –el Ciguón–, o esas maravillosas acotaciones en las que Iñigo hace hincapié en el turgente canalillo del padre del protagonista, un padre-madre (como Caitlyn Jenner) que, tras años de ocultación, puede al fin presentarse ante su hijo como realmente se siente: un ser pangénero, maravilloso.

“Yo creo que *Eloy y el Mañana* es un cuento”, le dije a Iñigo; “un cuento con su narrador, con su afán de aventura y con la vocación de emocionar a través de los extraordinarios periplos de sus personajes. Un cuento con tantas ventanas abiertas como puede tener una obra de teatro. Además, *Eloy y el Mañana* posee eso que tanto admiramos los adultos en las historias infantiles: capas; muchas capas. Niveles de entendimiento que convierten este viaje en una experiencia apta incluso para nosotros, los siesos mayores, esos seres arrugados de los que siempre desconfían los personajes de Guardamino, tanto de los seres que habitan en esta obra como de algunos otros que conozco bien; de aquellas personas grandes que olemos mal y que nos movemos despacio, como diría Venti, otro personaje del dramaturgo proveniente de su obra *Metálica*.

Y es que, desde la propia polisemia presente en el título hasta la última canción, *Eloy y el Mañana* se lee como un frenético juego que se reinventa a cada página, tal y como hace el protagonista, en realidad, como hacen todos los personajes de la obra, que no tienen un arco, sino que SON un arco en sí mismos: puro cambio, pura evolución. Criaturas maravillosas que, con su testimonio, nos reconfortan al permitirnos identificarnos con la libertad total que existe fuera de los códigos binarios, abrazándonos con una ternura que me alegra encontrar en las páginas del autor (porque la reconozco de su persona), encarnada en estos seres que fluyen lejos de las categorías.

Creo que Iñigo todavía duda de la naturaleza de *Eloy y el Mañana* y resulta muy cómica la paradoja de buscarle género a una obra que, argumentalmente y por definición –por indefinición, ¡maldita sea!– trasciende los géneros.

Lo que está claro es que *Eloy y el Mañana* es un cuento con todos los ingredientes precisos y, para mí, lo mejor es que esta historia es interminable –mucho más que la de Michael Ende– porque considera *el género* y también *los géneros* un asunto *del género tonto*, y aboga por un mañana que, por fortuna, está en camino. O hacia el que nosotros, como Eloy, caminamos.

¿Qué mejor moraleja que la que el espectador –niño o adulto– pueda decidir regalarse a sí mismo? ¿Qué mejor artefacto que el que presenta todas las posibilidades y, aun, deja espacio para aquellas que todavía no podemos ni imaginar?

ELOY.— Pero los chicos son distintos a las chicas.

SIMONE.— En el Mañana, no. Da igual ser chico o chica.

Pero Simone no le cuenta a Eloy cómo será el mañana, y ese es el mayor acierto de esta maravilla que ahora vas a leer.

Fernando EPELDE

Dramaturgo

*A Catalina, Pipo, Brüno, Margarita, Santiago, Lula y Chloe.
Para que puedan ver el Mañana*

PAYASOS.— ¿Cómo están ustedes?

NIÑOS.— ¡Bieeeeeennnnn!

PAYASOS.— ¿CÓMO ESTÁN USTEDES?

NIÑOS.— ¡BIEEEEEENNNN!

PAYASOS.— ¿CÓMO ESTÁN USTEDES?

NIÑOS.— ¡BIEEEEEENNNN!

Gabi, Fofó y Miliki, Los Payasos de la Tele

Eloy y el Mañana

Personajes

ELOY / ELOÍSA

PATRICIA / CIGUÓN / PATRICIO

HOLOGRAMA / EMILIO / NARRADOR / EMILIA

SIMONE

BETTY / EMMA / GERMAINE

Los personajes serán interpretados por cinco actrices
y actores de cualquier edad.

Parte I: Dentro

Cosas raras, cosas raras me están pasando.

Strange things. Randy NEWMAN

De la película *Toy Story*

1

Se ilumina la figura de Eloy. Es un niño de nueve años recién cumplidos, con un gorro de fiesta en la cabeza. Se oye la voz de Patricia, su madre, que le canta una canción de cumpleaños.

PATRICIA (*Off*).—

Feliz, feliz cumpleaños, son ya nueve años.
Un año más, ya te queda poco para ser mayor
ser mayor y hacer lo que quieras,
Todo el mundo para ti y tus aventuras.
Feliz, feliz, te quedan muchos cumpleaños
aunque menos que días en el año.

Los mayores te sobran, te molestan
porque lo que saben no te lo cuentan.
Son altos, son viejos, son raros
sus alas están hechas de harapos.
Por eso cantan tu cumpleaños, feliz cumpleaños,
por eso te felicitan con sonrisa fija y voz exagerada,
porque tú empiezas y a ellos no les queda nada.

Sopla las velas, come el pastel, tira confeti,
es tu día, un día especial, solo para ti.
Mañana serás uno más y a nadie le importará
por eso, ¡sopla con fuerza! ¡Empuja el tiempo!
Porque es tu cumpleaños, cumpleaños feliz
y si no soplas, te crecerá la nariz.

Patricia marca el fin de la canción con su propio aplauso.

Preparado o no, allá voy.

*Patricia entra en escena portando un trozo de salmonete con velas.
Lo pone delante de Eloy, que sopla y las apaga. Patricia aplaude.*

¡Muy bien! ¿Has pensado en algo?

Eloy niega con la cabeza.

Tendrías que haber deseado algo.

ELOY.— Ya lo he deseado.

Pausa.

Ver a papá.

A Patricia se le tuerce el gesto. Enciende la luz de la habitación.

PATRICIA.— Eloy, ya sabes que eso no es posible. Tu padre está muy enfermo. Podría contagiarte y, como eres un niño, morirías.

ELOY.— Tengo nueve años.

PATRICIA.— ¿Qué hemos dicho de lo de razonar?

ELOY.— Mamá, por favor, por favor, me gustaría verle.

PATRICIA.— Si está muy cerca, (*mira hacia arriba*) ¿no lo notas? Siempre está con nosotros, en el piso de arriba. Si nos quedamos quietos, se le oye respirar.

Eloy asiente, no muy convencido.

Pues eso. No pongas esa cara triste.

Patricia mira su reloj.

A lo mejor todavía está despierto. ¿Quieres que probemos a hablar con él?

Eloy asiente, emocionado. Patricia le coge de la mano y le lleva hasta un interfono situado al pie de las escaleras. Aprieta un botón. Ruido de interferencias.

¿Cariño?

Respuesta en forma de toses.

Cariño, es el cumpleaños de Eloy, quiere hablar contigo. ¿Crees que puedes hacer un esfuerzo?

Más toses. Patricia acerca a Eloy al interfono.

ELOY.— ¿Papá?

VOZ DE PADRE.— (*Tras nuevas toses y con timbre metálico*) La luz del sol se refleja en las abigarradas piraguas amarradas en el embarcadero.

Patricia aprieta el botón del interfono. La comunicación se corta.

PATRICIA.— Pues yo le veo muy animado.

ELOY.— *(No muy convencido)* Sí...

PATRICIA.— No me has preguntado si te voy a regalar algo.

Eloy niega con la cabeza.

Pues no tengo nada. Por el racionamiento, no he podido. Ya sabes que las carreteras a la ciudad están cortadas.

ELOY.— No pasa nada.

Pausa.

PATRICIA.— ¡Que no, que era broma!

Le entrega un paquete pequeño.

Cariño, a veces pones unas caras tristes, tristes. ¿No lo vas a abrir?

ELOY.— Ya sé lo que es.

PATRICIA.— ¿Ah, sí? ¿Y qué es?

ELOY.— Lo mismo que todos los años: una cruz de madera.

PATRICIA.— ¡Pero qué tontorrón eres, cómo va a ser una cruz de madera! ¡Ábrelo!

Eloy abre el paquete. Es una cruz de madera.

Es un regalo muy práctico, pero úsalo solamente cuando esté yo contigo y no presumas delante de nadie, que no todo el mundo tiene la suerte de tener nuestros medios y es el tipo de regalo que da envidia.

ELOY.— ¡Pero si estamos en el campo! No vemos a nadie.

PATRICIA.— Nunca sabes, cariño, nunca se sabe. Tal como están las cosas, es una suerte que estemos aislados, te lo aseguro. (*Mira su reloj*) ¡Pero, bueno, se ha hecho muy tarde! Tengo que escribir unos informes y tú, señor de ya nueve años, tienes que irte a dormir.

ELOY.— ¿Me cuentas un cuento?

PATRICIA.— Bueno, pero solo porque es tu cumpleaños, ¿de acuerdo?

ELOY.— ¡Bien!

PATRICIA.— Pero solo uno y luego apagas la luz, ¿prometido? Es que soy una blanda.

Eloy asiente, se pone su gracioso pijama de gorila y se mete en la cama mientras su madre prepara el cuento.

¿Quieres algún cuento en especial?

ELOY.— ¿Me cuentas el cuento de la historia de nuestra familia?

PATRICIA.— ¿De verdad no quieres oír otro?

ELOY.— ¡No!

PATRICIA.— Tápate, que luego coges frío. Tú padre y yo nos conocimos en la universidad, estudiando medicina. Él era muy alto y guapísimo. Yo no quería salir con él, quería estudiar mucho, pensaba solo en mí misma, pero menos mal que tu padre al final me convenció. Me regaló muchas rosas, tenía a repartidores todo el día en mi puerta.

ELOY.— ¿Rosas?

PATRICIA.— Es una flor, ya te enseñaré alguna foto. Entonces nos casamos y nos fuimos a vivir a un piso con otros pisos alrededor,

con un jardín muy bonito y una piscina en el centro, y con el metro cerca. Yo no podía quedarme embarazada y lloré mucho, pero tu padre fue muy hombre y muy valiente, y al final naciste tú.

ELOY.— ¿Estabas contenta?

PATRICIA.— Muy contenta, mi amor, eres lo mejor que me ha pasado.

Eloy la abraza. Patricia está incómoda.

Ya. (*Aparta a Eloy con suavidad pero con firmeza*) Éramos muy felices, siempre sonrientes, como en la foto de los tres que hay en la entrada, y tú jugabas en el jardín bajo el sol, al aire libre.

ELOY.— ¿Puedo volver a jugar fuera?

PATRICIA.— Eloy, ¿de qué hemos hablado? Ya sabes que es imposible, por tu seguridad. No me hagas estar triste, que no te vuelvo a contar un cuento.

ELOY.— Perdón.

PATRICIA.— Entonces estalló la guerra entre las mujeres malas y los hombres, y todo el mundo se puso nervioso. Tu padre enfermó, así que por tu bien tuvimos que venir al campo, lejos de todo. Y aunque a veces parece que los tiempos no pueden ser más difíciles y la oscuridad va a caer sobre nosotros, estoy segura de que el ejército de la gente buena está ganando la guerra poquito a poquito y llegará el día en el que aplastemos a las rebeldes y todo irá bien para siempre.

ELOY.— ¿De verdad?

PATRICIA.— Claro, cariño. Por eso trabaja mamá en el laboratorio. Y cuando todo esté bien, dejarás de estar triste, papá se curará, volverás a jugar en el jardín y te haré jerséis de *cotton*.

ELOY.— ¡Y tendré amigos!

PATRICIA.— Conocerás a gente. Tener amigos es muy difícil. Hay mucha rata suelta. No tienes que desear mucho.

ELOY.— No.

PATRICIA.— No puedes desear más de lo necesario. ¿Lo entiendes?

Eloy asiente.

Nunca sabes lo que puede pasar. Las cosas nunca salen como uno quiere. Por eso es malo desear cosas.

ELOY.— Yo deseo que papá se cure y jugar fuera. Son solo dos deseos.

PATRICIA.— Así me gusta, dos tampoco es exagerado. A ver si poco a poco los vamos reduciendo a uno y luego a ninguno.

ELOY.— Y tú no te vas a morir nunca.

PATRICIA.— *(Ríe)* Lo sé, hijo, pero ese es nuestro secreto. Ahora dale un beso a mamá y a dormir.

Patricia le pone la mejilla y Eloy le da un beso.

Ale, ale, a dormir. Y a ser valiente a pesar de los ruidos.

Eloy asiente. La luz se apaga. Empiezan a sonar ruidos muy extraños. Eloy está asustado, con los ojos muy abiertos.